

# Lenin, revolucionario internacional

**José Luis Martín Ramos**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

El dossier que este mes *Nuestra Historia* dedica al centenario de la muerte de Lenin se estructura en dos partes: una revisión de diversas cuestiones centrales en la trayectoria de Lenin y el detalle de su incidencia en el mundo hispanohablante, concretado en los casos de España, México y Argentina. Los dos planos de enfoque tienen su justificación en el título del dossier: sea cual sea la valoración que merezca Lenin lo que es indiscutible es su condición constante de revolucionario y su proyección internacional, en el pensamiento y la práctica, en el último decenio de su vida y a partir de su muerte, en el desarrollo del movimiento comunista.

El texto de Guido Carpi, «Lenin el revolucionario absoluto», que abre el dossier, se centra en la etapa de la revolución rusa y la construcción del Estado soviético, con particular atención a la gestión de lo que Carpi denomina «el laberinto de la economía» y un desarrollo amplio de la última etapa en la que su liderazgo fue decisivo, la de la NEP. Se trata de una exposición de hechos interpretados, en el transcurso de la cual va apuntando características fundamentales del hacer práxico de Lenin: su superación de la tradicional linealidad histórica, determinista, dominante en la Segunda Internacional, la afirmación de que hay leyes que regulan el funcionamiento del sistema social —por ejemplo la ley de desarrollo desigual—, y



Lenin con delegados del segundo congreso de la Internacional Comunista, Moscú, julio de 1920 (Fuente: Wikimedia Commons).

al tiempo la negación de que el resultado pueda predecirse, ni a corto ni a largo plazo, aplicando la lógica abstracta; para Lenin, subraya Carpi, el resultado debe ser concebido como un objetivo a perseguir activamente, utilizando los instrumentos adecuados.

Le sigue un artículo que no puede sino suscitar un positivo debate: el de Rolando Astarita, «La teoría leninista del monopolio, un análisis crítico», una enmienda a la teoría del imperialista de Lenin expuesta en una de sus obras más populares, la de 1916.

Sostiene Astarita, apoyándose en Sweezy, que la tesis de que los monopolios sustituyen a la libre competencia, fijan los precios y controlan la producción no se ha visto corroborada por el desarrollo histórico del capitalismo en el siglo XX y lo que llevamos del XXI. Que las medidas monopolísticas, como las proteccionistas, «han acompañado al capitalismo a lo largo de su historia, pero no alteraron de algún modo esencial las leyes del valor, la plusvalía y la acumulación del capital»; que los monopolios no perduran, al aparecer siempre nuevos competidores en virtud de la contratendencia a la concentración y centralización del capital; y que tampoco se ha confirmado la tesis del estancamiento del capitalismo, simbolizada por el lema de la fase superior. Por otra parte pone en cuestión los calificativos de «robo», «saqueo», «pillaje», «despojo» aplicables en la explotación capitalista, en particular de los países atrasados, por ser fenómenos de la etapa de acumulación originaria del capitalismo y no de éste cuando «la coerción extraeconómica (o político-militar)» ya no interviene en la extracción del excedente.

La tercera aportación de esta primera parte del dossier, a cargo de José Luis Martín Ramos, «Coherencia y perseverancia. Lenin y la fundación del movimiento comunista» considera un aspecto de la aportación histórica de Lenin que ha tenido escasa atención hasta ahora en las celebraciones del centenario: su decisión de romper ideológica, política y organizativamente con la Segunda Internacional e impulsar la Tercera, punto de partida de una de las dos grandes corrientes del movimiento obrero y la izquierda en el siglo XX. Martín Ramos considera que Lenin no se planteó tal ruptura hasta la quiebra de la socialdemocracia en 1914 y que lo hizo como un proyecto enteramente nuevo, sin ningún tipo de compromiso; tras no con-

seguir que su propuesta fuera aceptada por el movimiento de Zimmerwald, esta pasó al plano de la realidad con el ciclo revolucionario europeo iniciado en Rusia en 1917 y que pareció corroborarse con la revolución alemana entre 1918 y 1919.

La segunda parte del dossier se abre con dos aportaciones de Salvador López Arnal sobre el eco del pensamiento y la práctica de Lenin en España a través de dos pensadores y militantes comunistas, Manuel Sacristán y Francisco Fernández Buey, que estuvieron vinculados al PSUC y en el caso de Paco Fernández —como se le conocía coloquialmente— también a *Esquerra Unida* de Cataluña. Con el estudio no solo de sus libros y artículos publicados sino también de textos, conferencias, esquema y guiones, López Arnal presenta la trayectoria del interés de ambos en la figura de Lenin, que en el caso de Sacristán se mueve particularmente en el ámbito de la crítica filosófica aunque también incide en la cuestión histórica sobre la deformación del pensamiento de Lenin por el «diamat» y de su obra por el estalinismo. Las intervenciones de Fernández Buey incluyen un libro de síntesis, *Conocer Lenin y su obra*, publicado en 1977, y una referencia continúa en sus textos y actuaciones hasta su prematura muerte en 2012, incluyendo una reflexión sobre la necesidad de problematizar la revolución rusa en su perspectiva histórica.

Jaime Ortega, en «Lenin y Zapata, el alma doble de las izquierdas mexicanas», expone cómo, en tanto que Lenin no dedicó atención a la revolución mexicana, importantes protagonistas de ésta como Flores Magón, Zapata o Felipe Carrillo Puerto, sí lo hicieron a la revolución rusa y al líder bolchevique. Más adelante, el Partido Comunista Mexicano invocó a Lenin, pero más como símbolo, como mito revolucionario, o como dogma a través de la lectura estaliniana; pero insistió, al propio tiempo, en estable-



Discurso de Lenin en Moscú el 5 de mayo de 1920 (Fotografía: Grigory Petrovich Goldstein, fuente: wikimedia Commons).

cer una línea de continuidad entre Lenin y la revolución rusa y las figuras del anti-imperialismo mexicano, desde Hidalgo y Morelos hasta Zapata, pasando por Juárez. La presidencia de Cárdenas, facilitó una mayor proyección nacional de Lenin, incluyendo la publicación de su primera biografía en México, a cargo de José Mancisidor, publicado por la Secretaría [Ministerio] de Educación Pública; algo que se interrumpió desde las políticas gubernamentales a partir del giro del régimen mexicano después del cardenismo. Ortega señala que a partir de los sesenta Lenin dejó de ser una referencia mítica para convertirse en un motivo de reflexión y producción literaria y política. En este sentido, acaba refiriéndose al debate suscitado en la revista comunista *El Machete* en 1980, suscitado por el exiliado argentino, antiguo militante comunistas, Óscar del Barco que planteó su tesis de la continuidad entre Lenin y Stalin.

Precisamente la figura de Oscar del Barco, es el motivo del artículo de Guillermo Iturbide. Del Barco, uno de los fundadores de *Cuadernos de Pasado y Presente*, no solo abandonó el Partido Comunista Argentino, sino que sostuvo que Lenin no supuso otra cosa que una mala implantación en Rusia de la socialdemocracia alemana, que existía —como se ha señalado— continuidad necesaria entre el leninismo y el estalinismo y que, lejos de seguir persiguiendo un proyecto revolucionario, había que aceptar no el «socialismo realmente existente» sino la «democracia realmente existente». Iturbide expone, criticándolo, la evolución de ese pensamiento antileninista de Del Barco.

El dossier se cierra con un segundo artículo sobre la incidencia de Lenin en Argentina, éste de Gabriel Piro Mittelman, «Los «usos de Lenin» en el comunismo argentino (1918-1943)», que es en la práctica una

síntesis de la trayectoria del Partido Comunista Argentino desde su fundación hasta la disolución de la Tercera Internacional. Piro lo hace desde los parámetros de la crítica a la identificación del PCA con la política de la Internacional Comunista y de, en su opinión, la subordinación a los intereses de la política exterior soviética, en particular en los períodos de «Clase contra clase»

y «Frente Popular»; desarrollando las sucesivas críticas y crisis internas, la mayor parte de las cuales confluyeron en la Cuarta Internacional promovida por Trotski. Algo que tuvo no solo significación interna argentina, sino trascendencia latinoamericana por el papel que el PCA jugó como referente principal del movimiento comunista en América del Sur.